

# ¿Pasó algo alguna vez en la Argentina?

## A propósito del Argentinazo y los años por venir

Por Eduardo Sartelli  
Director de Razón y Revolución

¿Qué es el Argentinazo?

Luego de toda erupción política importante, que hace a muchos pensar en la posibilidad de una transformación radical de la sociedad, no falta el soberbio que asoma la cabeza, ve que todo ha pasado y comienza a pontificar sobre los supuestos errores cometidos por aquellos que hablaron y actuaron cuando había que hacerlo<sup>1</sup>. Es necesario luchar contra un pesimismo producto de la ignorancia y de intereses creados, que desarma a los revolucionarios y al que hay que combatir, no porque haya obligación de ser optimista, sino porque está basado en una lectura falsa de la realidad.

En medio de una crisis social y política sin parangón en la historia argentina, la sensación ambiente alentaba a pensar en la cercanía de un desenlace revolucionario hacia comienzos del 2002. Todo el mundo, a favor o en contra de ese clima, consideró necesario tomar partido por una u otra caracterización del fenómeno. Según el caso, nos encontrábamos aún inmersos en un ciclo de características contra-revolucionarias o algo por el estilo, de un ciclo revolucionario consumado, de una situación revolucionaria o de simples jornadas revolucionarias. La primera interpretación hace énfasis en los efectos de la devaluación en las condiciones de vida de la clase obrera, de la desocupación sobre el activismo sindical en las fábricas, de la parálisis de la clase obrera ocupada y del rol de la burguesía en la caída de De la Rúa. La segunda ve en el proceso de crisis política y la aparición de asambleas populares, la prueba de una verdadera revolución. La tercera observa, en el desarrollo del movimiento piquetero y su creciente hegemonía sobre las asambleas, en la crisis por arriba y la descomposición de la economía, la cercanía de la toma del poder. La última sintetiza su posición en el carácter de las jornadas mismas sin evaluar su significado en el conjunto del proceso.

La mayoría de estas evaluaciones sobre el Argentinazo son cuestionables, por supuesto. Que la crisis política tuviera un componente claramente burgués y que la caída de De la Rúa se debiera a su activismo, es una afirmación difícil de rechazar. Que todo proceso revolucionario comienza con una crisis en las alturas, también. Es absurdo pensar que una revolución social pueda tener lugar cuando el aparato del estado representa fielmente a una burguesía unificada. Las grietas en el aparato de dominación sólo aparecen cuando la propia clase dominante lo sacude como resultado de sus propias disputas. Lo que distingue a una crisis política "normal" de una que responde a una crisis orgánica, es que en la primera la burguesía comanda las acciones, interviniendo las clases subalternas sólo como masa de maniobra. No es el caso del período que va hasta la masacre de Puente Pueyrredón. Por muy impaciente que haya sido, no puede negarse que el movimiento piquetero y las asambleas populares constituían un inicio de movilización independiente de una fracción importante de las masas. A diferencia de las crisis del '82 y del '89, las fracciones más dinámicas de la pequeña burguesía y el proletariado comenzaron a darse una dirección política por fuera de las opciones burguesas tradicionales.

Por otra parte, que las masas terminaron cambiando salario por empleo, también es correcto, lo que no equivale a decir que no ganaron nada con las transformaciones producidas. Las tarifas debieron congelarse, los precios se contuvieron (a diferencia de las hiperinflaciones que siguieron a las crisis del '82 y del '89), los despidos se frenaron, se impulsaron retenciones a las exportaciones con los cuales se sustentan cerca de dos millones de subsidios por desempleo, una porción de la pequeña burguesía logró retener su capital e incluso acumular al calor de la devaluación, mientras el clima ideológico giró hacia la izquierda. Incluso se creó una tendencia favorable al desarrollo reivindicativo de los obreros ocupados. Esto no niega el proceso de expropiación masiva que provocó la devaluación ni el aumento de la tasa de explotación vía plusvalía absoluta. Simplemente afirma que el balance no es negativo por completo. Que es lo que normalmente sucede cuando ninguno de los bandos triunfa en forma aplastante sobre el otro. A la burguesía argentina la salvaron la soja y el petróleo, con cuyos recursos se calmó, parcialmente, el furor popular.

Con lo dicho basta para descartar dos tesis contrapuestas: el Argentinazo como contra-revolución o

como revolución. Quedan las otras dos: situación revolucionaria-jornadas revolucionarias. La caracterización de los hechos como jornadas revolucionarias no significa gran cosa, porque ningún hecho en sí significa nada. Depende en qué contexto se encuentre. Precisamente, lo que corresponde es caracterizar ese "marco", es decir, el carácter de la etapa en cuestión. Aunque hoy parece claro que no se vivió una situación revolucionaria, puesto que no se había abierto la disputa inmediata por el poder, no parece menos claro que las tendencias presionaban en ese sentido. La clave que abre una situación revolucionaria es siempre la quiebra del aparato del estado. En la Argentina eso no sucedió en términos materiales, aunque sí en términos morales. La incapacidad para controlar el desborde que estaba produciéndose por la vía directamente represiva no se debía a una crisis material del aparato del estado (las armas no habían pasado a manos de la masa de la población), sino a su crisis ideológica: aunque pudiera, no podía reprimir, so pena de agravar la situación. Las jornadas de Puente Pueyrredón mostraron eso e impusieron a la burguesía una salida: el adelantamiento de las elecciones y la búsqueda de un jefe político a la altura de las circunstancias, es decir, un nuevo pacto entre sus fracciones. La renta petrolera y agraria fueron el aceite de ese pacto intra-burgués.

El Argentinazo, entonces, no es ninguna de esas cuatro cosas sino todas juntas. Esos elementos son los que caracterizan la apertura de un proceso revolucionario, un período relativamente largo, en el que las contradicciones centrales de la sociedad estallan y sólo logran recomposiciones relativas con nuevos estallidos de magnitud creciente, que van creando las condiciones para el nacimiento de una alternativa revolucionaria y una tendencia a desembocar en situaciones revolucionarias y, por lo tanto, también contra-revolucionarias. La existencia de un proceso de este tipo ya era visible antes del Argentinazo, siendo las jornadas de diciembre del 2001 las que lo sacan a la luz pública.

¿Qué viene después del Argentinazo?

Decir que con el 19/20 de diciembre ha comenzado la revolución argentina es decir que hemos entrado en un proceso de ese tipo. Esos procesos tienen avances y reflujos. Estamos viviendo uno de reflujo. La economía argentina es pequeña, de modo que cambios menores en el contexto mundial pueden alterar sus posibilidades dramáticamente en el corto plazo. Pero, a corto o mediano plazo, nadie puede evadirse de la coyuntura mundial. La existencia de una crisis mundial de larga duración es, entonces, el telón de fondo de la crisis argentina, o mejor dicho, ésta última no es más que su expresión más dramática. Quienes no observan la gravedad de la crisis argentina, suelen desconocer también la gravedad de la crisis mundial. Sólo una enorme ignorancia de los problemas económicos mundiales puede llevar a alguien a afirmar, muy suelto de cuerpo, la inexistencia de una crisis mundial (véase como ejemplo, la carta del lector Santella, en este mismo Aromo, compañero que debiera ser más respetuoso con la palabra ciencia). Como puede verse en el gráfico que acompaña este artículo, la tasa de ganancia de la economía mundial está lejos de haberse recuperado ni siquiera a niveles equivalentes al inicio de la depresión de los '70. Luego de una etapa de relativa recomposición en los '90, volvió a caer a los pobres guarismos de la época de Ronald Reagan, precisamente hacia el 2001. El Argentinazo se inscribe en esa tendencia. La recuperación del 2003 y, sobre todo, durante el año que termina, presagia una explosión aún mayor: con un dólar cayendo en picada, arrastrando a la crisis a Europa, Japón, China y a todos los "tigres" del Pacífico, con una deuda privada y pública en niveles récord, con un déficit comercial imparable, con el empantanamiento de la guerra de Iraq, EE.UU. está al borde de sumergirse en algo peor que una crisis. Los gobiernos de Rusia, India y China están comenzando a recomponer su reserva de divisas, reemplazando dólares por euros, preanunciando la fractura del mercado mundial y una crisis financiera nunca vista, pronóstico para el que no hace falta ser mago ni gurú, basta con leer los diarios. Cada avatar de la crisis mundial tuvo en la Argentina un expositor cabal. Cada uno de esos momentos desencadenó en nuestro país crisis sociales y políticas de magnitud creciente. En 1982, la burguesía controló la transición de un régimen político a otro sin mayores problemas. En 1989, debió enfrentar

una respuesta desordenada que no constituyó lucha: los saqueos. La novedad del 2001 no es la crisis ni su magnitud acrecida, sino la aparición de una alternativa con potencialidad revolucionaria: la Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados.

Cualquier balance del Argentinazo hecho en abstracción de la situación mundial y del proceso por el cual atraviesa el capitalismo argentino, no puede sino resultar idealismo puro. La Argentina marcha hacia un proceso de disolución nacional al que dudosamente Kirchner pueda ponerle límite. El 2002 resultó una muestra de esta tendencia: mientras toda Europa se une para sostener una sola moneda, liquidando experiencias monetarias que se remontan a fines de la Edad Media, nuestro país llegó a tener más de una decena de monedas, incluyendo papeles sin el menor valor, como los papelititos del club del trueque. Club que testimoniaba, además, la descomposición de las relaciones mercantiles propias de una sociedad capitalista desarrollada. Descomposición que se confirmaba con la desaparición del sistema bancario. Desaparición que preludiaba la destrucción de la estructura productiva misma, dando pie al surgimiento de fábricas ocupadas. Surgimiento que anunciaba la potencialidad para sostener la vida de las nuevas relaciones sociales en germen. Algunos objetarán que fenómenos tales se vivieron ya en otros tiempos y lugares, como durante la hiperinflación alemana y austríaca de la primera posguerra. Cierto. Tan cierto como que no resulta imposible la recuperación de la economía mundial. Afirmar que no hay salida posible a la crisis, es audaz y temerario. Pero sostener que toda crisis tiene salida es sencillamente absurdo porque equivale a afirmar la eternidad del capitalismo. El capitalismo puede recuperarse, pero para hacerlo tiene que atravesar la crisis, vivirla: incrementar la tasa de explotación, destruir el capital sobrante, concentrar y centralizar el capital sobreviviente. En ese proceso, no sólo desaparecen porciones enteras de capital, sino también las instituciones sociales que los soportan. La Argentina es un capitalismo débil. Absorción, descomposición, disolución: tres palabras que persiguen a todo capital débil como una pegadiza melodía fúnebre. No existe estado sin proceso de acu-

mulación que lo sostenga. No existe experiencia nacional sin estado. Si la acumulación de capital en la Argentina tiene un límite histórico y si ese límite se encuentra cercano, la supervivencia de esta experiencia nacional depende de otras relaciones sociales. De lo contrario, este país va camino a transformarse en un simple reservorio de población sobrante.

En ese límite debe juzgarse la experiencia del Argentinazo: las relaciones sociales que soportan la vida en la Argentina son las relaciones capitalistas. Si, como ha sucedido ya y como es probable que suceda ahora, esas relaciones pueden estirarse un poco más, Kirchner llegará a su segundo mandato y puede que sea elegido por una votación masiva y aplastante. Difícilmente, sin embargo, complete el período. Si ya estamos al filo de la cornisa, la caída será en breve y no tendrá fin. Pero antes o después, los elementos estructurales de ese proceso revolucionario del cual el Argentinazo es un emergente, producirán nuevas y más profundas conmociones. La vida rebelada parirá, entonces, situaciones revolucionarias genuinas y sin atenuantes. Hay que cuidar y fomentar las herramientas desarrolladas por el propio proceso, sobre todo de quienes desean que nada pase y los obligue a alterar sus vidas, muy cómodas en las relaciones sociales presentes.

<sup>1</sup>Un ejemplo de estas posiciones puede verse en el dossier del último número de El Rodaballo. Aunque no hay lugar aquí para dar cuenta de esos textos plenos de incoherencia y verdadera ignorancia del asunto en cuestión, no está de más señalar que el colectivo que edita la revista cuyo nombre remite a un pez con tendencia a la quietud, al escondite y a la mirada sesgada hacia un solo lado, reivindica de palabra una política "autonomista" que desmiente en los hechos. El Rodaballo debiera explicar por qué su director, Horacio Tarcus, defiende como alternativas de izquierda renovadas al ARI, a la CTA, y a los MTD que han terminado siendo base del kirchnerismo (ver reportaje de Página/12, en noviembre pasado). ¿Eso es autonomismo o simplemente política burguesa? Que Tarcus sea ahora funcionario de Kirchner explica que sea autónomo del proletariado, como todo intelectual burgués. Su defensa de una política que no busque la toma del poder, a lo Holloway, es coherente con su apoyo al poder burgués. Curioso discurso pre-marxista que pretende pasar por moderno. Volveremos en marzo con una crítica in extenso del dossier mencionado.

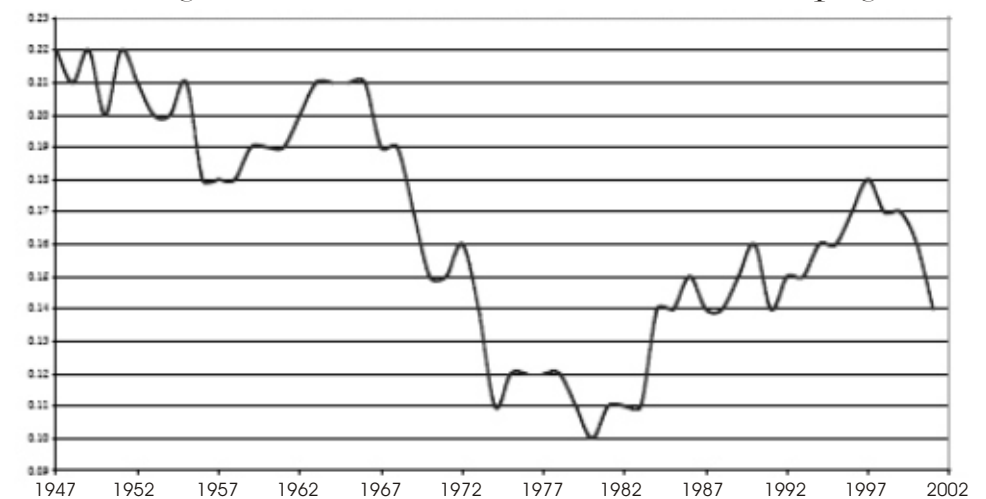
## La tasa de ganancia y la dinámica del capitalismo

La ganancia es alimento esencial del capital. Sin ganancias no hay capital, porque el capital no tiene otra función que valorizarse a sí mismo. El capitalista no busca satisfacer necesidades humanas, sino obtener ganancias. La tasa de ganancia es, entonces, un barómetro del estado del sistema. Su evolución es un indicador del sentido en el que se mueve el sistema. Dado que los cálculos de la tasa de ganancia requieren estudios de gran complejidad que no vienen al caso en esta ocasión, nos limitaremos a mostrar la curva elaborada por Fred Moseley, economista norteamericano de los más reputados en estos asuntos, que predijo la depresión de la economía americana del 2001 varios años antes, cuando todo el mundo festejaba el fin de la recesión mundial.

Como puede verse, la curva se mantiene muy elevada entre 1947 y 1968 aproximadamente, con una crisis importante a fines de los '50. Ya para comienzos de los '70 la economía comienza a desbarrancarse, hasta llegar a su piso hacia 1980-81.

Experimenta un ascenso abrupto en los años de Reagan, pero se mantiene hasta comienzos de los '90 en un nivel extremadamente bajo, que en el mejor de los casos, hacia 1988, alcanza el punto en que comenzó la crisis, a comienzos de los '70. La expansión de los '90 hizo creer a muchos que la recuperación definitiva de la depresión estaba ya en ciernes, aunque cabe señalar que el mejor momento de esa década, 1997, estaba todavía a la altura del peor momento del boom de posguerra, 1957. Desde 1997, la tasa de ganancia vuelve a caer al nivel de comienzo de los '80, a la altura de la primera recuperación reaganiana, un nivel verdaderamente bajo. Aunque el gráfico no lo muestra, se mantiene hoy a un nivel bajo, lo que provoca caída de la inversión y arrastra hacia la especulación inmobiliaria los recursos gigantescos destinados por Bush y Greenspan a estimular la economía. En lugar de nueva expansión, hay nueva burbuja. Toda burbuja, a la corta o a la larga, se pincha.

### La tasa de ganancia en la economía norteamericana de posguerra



Tomado de Moseley, Fred: MARXIAN CRISIS THEORY AND THE POSTWAR U. S. ECONOMY